

En su auxilio acudió con faz sombría  
Desconocido joven viajero,  
Que del convento en el umbral había  
Dejado apenas su corcel ligero.  
En sus brazos el otro en sí volvía,  
Y lanza al verle grito lastimero:  
—Fernando! yo he perdido á mi Diana!  
—Yo también la perdí; ¡no tengo hermana!

Abandonan el templo, y ven formada  
Fúnebre comitiva: en medio della  
Es conducida á la postrer morada  
En su blanco ataúd tierna doncella.  
¿Quién era? (preguntaba demudada  
Cierta mujer á otra). ¿Era muy bella?  
—Era una joven como el cielo hermosa. . . .  
—¿Su edad?—Veinte años.—¿Y su nombre?—Rosa!

IX

Reaparece en la escena un personaje tan desfigurado, que por lo pronto ha de ser extraño al lector.—La tempestad.—Carlos y Fernando descubren las intrigas de Álvarez y juran darle muerte.—Llega Álvarez durante la tempestad á pedirles asilo.—El reto.—Álvarez páрте.—Advertencia que le hizo un labrador.—Intento de Álvarez.—La justicia de Dios es superior á la justicia de los hombres.

No lejos de la casa  
Donde vivía Carlos en el campo,  
Y que ver al lector hemos ya hecho,  
Hay de verdor escasa  
Vasta llanura, de la cual cultiva  
Anciano labrador exiguo trecho.

Viene por el repecho  
Que del vecino monte á ella conduce,  
Sus caballos trayendo á paso tardo,  
En carretela rica  
Sentado á la sazón, señor gallardo,  
Cuya mirada luce  
De protección y de arrogancia llena.  
De sus caballos árabes el paso,  
Viendo al anciano labrador, refrena;  
De palabras escaso,  
Apenas le saluda,  
Y pregúntale el rumbo del camino  
Que á Puebla guía, pues le tiene en duda.  
El labrador las señas  
Da, y á seguir la senda se dispone  
El otro; mas, rayando en desatento,  
Añade el labrador con brusco acento:  
—¿Ve usted la negra nube que se pone  
De la parte del Sur? Es que no tarda  
En estallar la tempestad. . . . Muy luego  
En su quitrín se aleje viento en popa,  
Que si un poquito nada más aguarda,  
Se quedará en el campo hecho una sopa.  
—¿Por ventura no puedo hallar abrigo  
En la casita blanca  
Que desde aquí se ve? ¿Quién vive en ella?  
—Vive el amo Don Carlos; pero sella  
Sus puertas para todo caminante,  
Y aunque le pidan, como vos, asilo,  
Dice á todos que vayan adelante  
Y le dejen allí solo y tranquilo.  
—Raro capricho á fe, murmura el otro,  
Y se aleja impaciente  
A tiempo que la nube ya extendía  
Del Sur hacia el Oriente  
Sus alas enlutadas,  
De relámpago vivo iluminadas;  
Pero en sus pensamientos embebido,

Ni deslumbra el relámpago sus ojos,  
Ni el ronco trueno resonó en su oído.  
Hále causado enojos  
Del viejo labrador el tono adusto:  
Consigo mismo hablando, murmuraba:  
“Forzoso es confesarlo, el mundo es justo  
En dispensar al uno sus favores  
Dejando al otro al aire y al sereno;  
Siempre la plebe habrá de ser esclava,  
Siempre el reptil habitará en el cieno.  
¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Necias quimeras!  
¡Soy igual por ventura,  
Teniendo en propiedad leguas enteras  
De valle y monte, y eras y ganados  
Y cien talegos de oro  
En mis cofres cerrados,  
Al que á labrar la tierra se sujeta  
Ganando en todo el día una peseta? . . .  
Libertad! igualdad! . . . También yo un día  
Estas palabras al indocto vulgo,  
Frenético tribuno, repetía,  
Y soberano al pueblo proclamaba:  
Mi pie sobre sus hombros caminaba;  
Mas cuando á la anhelada cumbre arribo,  
El escalón que me sirvió, derribo.”

Fin á sus pensamientos  
Dieron los irritados elementos:  
Empieza á descender lluvia copiosa,  
Y noche pavorosa  
Iba envolviendo al mundo.  
La casa blanca aparecía lejos:  
Viéndola el caminante,  
Del temor dando oído á los consejos,  
No vacila un instante  
En dirigirse á ella:  
Pasó bajo los árboles añosos  
Que hermoseaban la colina donde

La fábrica descuella,  
Y aunque á gritos llamó, nadie responde,  
Que el ruido atronador de la borrasca  
No deja oír su acento.  
Acercándose más, halló la puerta  
Que, estando entreabierta,  
Luego le ofrece entrada;  
Pero al lector prudente  
No corresponde, en mi opinión humilde,  
Seguirle diligente,  
Y antes de entrar será muy conveniente  
Echar al interior breve ojeada.

En aislado aposento  
Que trémula bujía alumbra, apenas  
Su ornamento sencillo ver dejando,  
De tosca mesa al lado están dos jóvenes,  
Su rostro con las manos ocultando.  
Con discordes ruidos  
De la ventana azota los cristales  
Viento furioso al aguacero unido,  
Y éste á la alcoba á la sazón penetra  
De la angosta vidriera por debajo.  
Los jóvenes á poco lo advirtieron,  
Y los muebles que el agua humedecía,  
No sin algún trabajo,  
A distinto lugar pasando fueron;  
Y cuando removía  
Carlos —que ya el lector Fernando y Carlos  
Sabe que entrambos son, ó lo sospecha—  
Al remover, repito,  
Carlos antigua cómoda, deshecha  
Casi por la humedad cerrada carta  
Halla en el suelo: viendo el sobrescrito,  
Fernando luego conoció la letra  
De su vieja criada ya difunta:  
Con rapidez abríola,

Abrigando tal vez presentimiento  
Inexplicable, y para sí leyóla.  
De palidez se cubre en el momento  
Su rostro: á Carlos el papel le entrega:  
No bien su contenido á entender llega  
Éste, de horror da un grito.—  
Era la misma carta  
Que, arrepentida acaso, había escrito  
Antes la vieja á Carlos,  
Quien la arrojó insensato sin leerla:  
En ella las infamias refería  
Que Álvarez empleó para engañarle  
A costa de la dicha de su ama.—  
“Y hasta ahora la veo! (al fin exclama,  
De su estupor volviendo). Todavía,  
Si por inspiración del alto cielo  
La hubiese yo leído esta mañana,  
Tú perdido no hubieras á tu hermana  
Y yo la apellidara esposá mía.”  
De pronto sus miradas se encontraron  
Llenas de brillo singular; la diestra  
Con fuerza convulsiva se estrecharon,  
Su faz mostrando una expresión siniestra.  
—De los dos el primero que le halle,  
Dondequiera, Fernando, que le vea;  
En su casa, en el templo ó en la calle,  
Su matador en el instante sea!  
¡Júralo por tu honor!  
—Lo juro, y siento  
Que de venganza el corazón sediento,  
Quiere romper su cárcel. . . . estoy loco;  
Pero tengo formal presentimiento  
De que vendrá á mis manos ese hombre  
Y en ellas le ahogaré dentro de poco.  
¡Mírale, Carlos! Díme, ¿no es él mismo  
Quien aparece allí? . . . . Traidor, espera. . . .  
¿Dónde mi espada está? ¡No importa! ¡Vamos!”  
Quiere avanzar, pero vacila y cae.

Cual si le vomitara allí el abismo,  
Álvarez aparece demudado  
En el umbral de la cercana puerta:  
En busca de las gentes de la casa  
Fué al aposento por la luz guiado.  
Fernando está en el suelo sin sentido,  
Al peso de su ira anonadado:  
Va aquél á retirarse; pero enfrente  
A Carlos ve que, cual hircano tigre,  
En él enclava su mirada ardiente.  
Una sola palabra no se hablaron:  
Álvarez al entrar ha comprendido  
Que, al fin, su infamia descubierta ha sido.  
Uno al otro los dos se aproximaron,  
Y al hallarse á tres pasos de distancia,  
Puñal y espada súbito brillaron;  
Mas dominóse Carlos y le dice:  
“No quiero que el asilo en que yo debo  
Solitario acabar mis tristes días,  
Conserve las señales de la sangre  
De un enemigo muerto por mi mano.  
No quiero yo que usted, aunque enemigo,  
Sucumba aquí cuando á mi casa llega  
A demandarme hospitalario abrigo;  
Pero mañana, al asomar el alba,  
A cien pasos de aquí, frente al remanso  
Formado por el río, nos veremos.  
Sobra para los dos con un testigo;  
Será este joven que cayó privado  
Y á quien usted conoce: irá conmigo.  
Reto á usted desde ahora á nombre suyo  
Para que, si yo muero, ambos se batan,  
Y sin testigo alguno, que es inútil,  
Y evitar el escándalo debemos.  
Ofrezco á usted por esta noche asilo:  
Nuestra cuenta después arreglaremos,  
Y á cada cual ayúdele su suerte.  
—Empeño mi palabra: iré á la cita.  
—Pero ha de ser nuestro combate á muerte!

Alvarez de la oferta hospitalaria  
No quiso aprovecharse. Obscura noche  
Reinaba en torno de la casa: el viento  
Chocando en las paredes, parecía  
Estremecer el sólido cimiento:  
La lluvia entre los árboles sonaba  
Y la llanura en lago transformaba.  
Álvarez un caballo apresta, y pártelo.  
Muy cerca de la puerta el viejo estaba  
Con quien habló esa tarde: alzó su mano,  
En que brillaba resinosa tea,  
Porque su luz llegase algo más lejos,  
Mas pronto la apagaron viento y lluvia.  
Al despedirse aquél, éste le grita:  
"Tomad hacia la izquierda. Riesgo, y mucho,  
Cabe en partir así tan á deshora:  
*Cuidado con el río: está crecido:*  
Corre invisible y mudo: en un descuido,  
Cual sierpe os ataranta y os devora."

La turbación que en su ánimo sentía  
Álvarez fué tan grave, que ni supo  
Adónde su caballo dirigía.  
"Mi vida ha estado en el mayor peligro,  
Pues según las palabras de ambos jóvenes  
Que sin querer of cuando iba entrando,  
Traidoramente asesinar me quieren.  
*Sobra para los dos con un testigo,*  
Carlos me dijo, porque al fin espera  
Que en el anzuelo, crédulo, picando,  
Vaya á la cita y á sus manos muera;  
Mas, ¡vive Dios que un chasco les aguarda,  
Cual lo merecen ellos! Desde luego  
Marcho hacia Veracruz, y en la primera  
Embarcación que salga, voime á Europa,  
Al África, al infierno, á cualquier parte  
Donde á ocuparse en mí vuelva ninguno. . . .

Siendo rico y feliz, ¿quién me entromete  
A rifar la existencia por antojo  
Del primer miserable mozalvete?"  
Dijo y tomó desconocida senda. —

Al viejo labrador, que se mantuvo  
En la puerta después que Álvarez fué,  
Oír le pareció gritos de angustia  
Entre el ronco fragor de la tormenta;  
Pero en vano aplicó luego el oído  
Y conocer la realidad intenta:  
Sólo del huracán oyó el bramido,  
Cerró la puerta y entregóse al sueño.

Al comenzar la madrugada, calma  
La lluvia: el cielo en parte se despeja  
Y aparece la luna en el Oriente:  
Su esplendor melancólico refleja  
Convertido en un mar el llano todo:  
Baja de las montañas el torrente,  
Los árboles gotean. Luz escasa  
Brilla en una ventana de la casa  
Habitada por Carlos: en su alcoba  
Él y Fernando velan: el deseo  
De la venganza, que sus almas llena,  
Sueño y quietud á la sazón les roba.

Apenas sobre el nítido horizonte  
Levantábase el astro rey del día,  
La niebla replegábase y cubría  
La falda sólo del enhiesto monte  
A cuya espalda hay noche todavía,  
Ya la puerta se abría  
De la campestre casa,  
Y Carlos y Fernando  
A poco en el umbral aparecieron,  
Al cinto acero brillador llevando.

Al llano descendieron,  
Que viento débil á orear empieza,  
Aunque anegada vieron  
Donde el terreno es hondo una gran pieza.  
Con el calor del sol cándida bruma  
Sobre el agua estancada se levanta,  
Los árboles oculta entre sus pliegues  
Tomando formas con que al ave espanta;  
Rota en vellones y con tardo vuelo  
Después asciende al azulado cielo.  
Vése allá lejos la fragosa sierra  
Dilatarse, al viajero presentando  
Cien montes asomado uno tras otro.  
Con el color del impalpable viento  
Teñidos los volcanes,  
Tocan al firmamento.  
Acá la flor bañada por la lluvia  
Guarda en su cáliz gota diamantina;  
Allí el ave gorjea;  
Posada en débil rama  
Que con su peso hacia la tierra inclina,  
Su mirada pasea  
Por la extensión del bello panorama.  
Se oye el sordo ruido  
Que forma el Atoyác, raudo corriendo  
Por el cieno y las lluvias acrecido.  
Su orilla izquierda á la sazón siguiendo  
Carlos va, de Fernando acompañado:  
A poco andar arriban  
Al sitio para el duelo señalado:  
Álvarez todavía no ha llegado,  
Y siéntanse á esperarle en alta peña  
Que al interior del río se adelanta.  
En contemplar el agua se entretienen  
Que cual cinta argentada en partes brilla,  
Y ven llegar los descuajados troncos  
Que á veces, con el bálago y arbustos,  
La creciente al pasar deja en la orilla.

Rico reloj consultan  
Ambos, y el rostro vuelven al camino,  
Que alguien por allí venga, esperando:  
Dos horas transcurrieron: la impaciencia  
Apodérase dellos, y Fernando  
A su enemigo tacha de cobarde,  
Pues venir ha ofrecido con el alba,  
Y no parece aún y es ya muy tarde.

En esto, en medio á la corriente fría,  
Lejano todavía,  
Informe bulto vieron  
Que hacia los dos venía:  
Cuando más cerca estuvo,  
Ambos que era un cadáver conocieron.  
Rozándose al pasar con el follaje  
De las cañas acuátiles, el cuerpo,  
Por el agua al remanso conducido,  
Junto á la peña en que los dos estaban  
Llega, y allí permaneció tendido.  
Atónitos mirándose  
Ellos, hablar no osaban,  
Que en el vestido que deslucen el cieno,  
En la nervuda mano  
A desgajada rama asida en vano,  
En el cabello con que la onda juega,  
En las sangrientas lívidas facciones  
Del tímido semblante,  
Vestido y mano y cabellera y rostro  
De un hombre aborrecido  
Luego reconocieron.  
¡Álvarez á sus pies yace tendido!

Tal vez anoche entre la sombra espesa  
Él, en sus pensamientos engolfado,  
Encaminóse al río  
Y fué por la creciente arrebatado.

Su caballo, animal de noble brío,  
Logró salir á nado.  
Detenido el cadáver en las ramas  
De algún árbol quizá, seguir no pudo  
El curso de la rápida corriente,  
Hasta que el agua su caudal minora  
Y en sus ondas le trajo indiferente.

Carlos, á su pesar, se estremecía  
Contemplando el semblante amoratado  
Del cadáver. En esto ver creía  
La permisión del cielo,  
Que jamás deja el crimen sin castigo.  
Sabia lección él mismo recibía,  
Pues yendo allí á matar á su enemigo,  
Encontrábale muerto,  
A todos dando testimonio cierto  
De que no siempre Dios al hombre vano  
La ejecución de sus decretos fía:  
Si el ofendido á castigar se lanza  
(Su razón, ya despierta, le decía)  
No es justicia su acción, sino venganza.

X

Las ilusiones y esperanzas mueren como el heno de los campos.—No debemos pedir al mundo sino lo que puede darnos.—Único y verdadero refugio del hombre.

CARTA DE CARLOS, ESCRITA DOS AÑOS DESPUÉS DE LOS SUCESOS.

Los versos he leído en que refieres  
Mi dolorosa historia. ¿Por qué el tiempo  
No consigue extinguir nuestros pesares?  
La inagotable hiel de los recuerdos  
Por qué en mi pobre corazón derramas,  
Lo pasado á mis ojos exponiendo?

Pero jamás tu pluma lograría  
Por más que redoblaras tus esfuerzos,  
Retratar la belleza de Diana,  
Ni su virtud, ni de mi amor el fuego!

¿Por qué no vienes á abrazarme, amigo?  
¿De lo que fui me hallaras cuán diverso!  
Ya no soy aquél joven entusiasta  
Sobre la tierra soñador perpetuo.  
Hombre soy, y sin bienes de fortuna,  
Sólo de mi trabajo me sustento:  
Con el sudor de mi quemado rostro  
La tierra, mientras luce el día, riego,  
Y durante la noche en pobre cama  
Cierra mis ojos apacible sueño.—  
Sólo el trabajo, de virtudes germen,  
Sobre nuestros recuerdos echa un velo,  
Enfrena aquesta loca fantasía,  
Embota del dolor el crudo acero.  
El amor, los solícitos cuidados  
De la familia aquí suelo echar menos:  
Cuando llego á mi alcoba solitaria  
De trabajar cansado y no hallo un pecho  
En que pueda mi frente reclinarse,  
Ni halaga mis oídos grato acento,  
La tristeza del alma se apodera;  
Mas tal es mi destino, ¡yo le acepto!

Son del otoño los primeros días,  
Y cuando veo un cielo ceniciento  
Y la tierra cubierta con las hojas  
Que, una tras otra, al árbol quita el cierzo,  
Mi corazón se oprime: á la memoria  
Se presentan los días turbulentos  
De mi vida infeliz. Rosa, Diana,  
Tendida la primera en blanco féretro  
Tal vez por culpa mía. . . ! la segunda,  
De su familia por mi culpa lejos,

Orando allá en el claustro solitario,  
Puestos sus claros ojos en el cielo,  
Mientras dura el silencio de la noche  
Suelen venir á visitarme en sueños.

¡Oh! nunca, al ver que un semejante tuyo  
Abrega incauto inútiles deseos  
Contemplando al través de un falso prisma  
La sociedad, le niegues tus consejos.  
¿A qué, dime, correr tras una sombra?  
Diana un ángel fué que lo perfecto,  
Lo sublime, buscaba acá en la tierra:  
Iguales á sus propios sentimientos  
Creyó los de los hombres. Cuando vino  
El desengaño á herir su casto pecho,  
No tuvo en cuenta la flaqueza humana,  
No perdonó á los hombres sus defectos:  
No pensó que si un alma los anima  
De la luz inmortal rico destello,  
Envuelta vive en deleznable cárcel  
Que la mano de Dios formó de cieno.  
Al verse así burlada en sus creencias,  
Hacia el mundo sintió mortal desprecio;  
Rompió los dulces lazos de familia,  
Rompió su mismo corazón, y haciendo  
Infelices á muchos, su mirada  
Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,  
Amigo mío, sí. . . . ¿Cómo el viajero  
Que caminó durante muchos años,  
Sin abrigo, por áspero desierto,  
A la sombra del árbol que descubre  
No ha de querer gozar descanso eterno?



